

Angela Merkel, ante el dilema moral con los refugiados

TOM HOLLAND

Dominio: una nueva historia del cristianismo (Ático de los libros, 2020) se ha convertido en uno de los ensayos recientes más apreciados. Su autor, Tom Holland (Oxford, 1968), realiza un recorrido exhaustivo por lo que define como «el principal legado de la Antigüedad Clásica» que llega hasta el presente. Así lo demuestra el siguiente fragmento, en el que la postura de la canciller alemana, Angela Merkel, con respecto a los refugiados le sirve a Holland para explorar la pervivencia de las raíces cristianas europeas frente a un aparente secularismo.



Refugiados en Alemania ante una pintada en la que se pide ayuda de Merkel.

Foto: Shutterstock

« La política es a veces difícil », dijo Angela Merkel ante un público formado por adolescentes reunidos en el gimnasio de su escuela; sabía muy bien de lo que hablaba. Había crecido bajo un gobierno comunista en la República Democrática de Alemania y ascendido hasta convertirse en canciller de una Alemania unida, la mayor y más importante economía de Europa. Diez años en el cargo le habían enseñado que las decisiones siempre tenían un precio. Ahora, en directo ante las cámaras de televisión, se encontró cara a cara con lo que una de sus políticas significaba para una chica de catorce años. Reem Sahwil, una palestina nacida en un campo de refugiados, había viajado a Alemania para recibir tratamiento para su parálisis cerebral. Esta chica, con un alemán fluido, era la primera de su clase y había demostrado ser una inmigrante modelo. ¿Por qué, entonces, ella y su familia se enfrentaban a la deportación? Merkel,

visiblemente incómoda, trató de explicárselo. «Sabes que en los campos de refugiados palestinos del Líbano hay miles y miles de personas, y si permitiéramos venir a todos, y también a los de África, simplemente no seríamos capaces de asumirlo». Merkel se volvió hacia el moderador y quiso elaborar su argumento un poco más, pero, entonces, se detuvo a media frase. Sahwil se había echado a llorar. La canciller alemana se acercó a ella y la tocó un tanto torpemente; luego, le acarició el pelo. «Sé que es difícil para ti». Sahwil, que intentaba contener las lágrimas, trató de sonreír. Merkel, con la mano puesta sobre el hombro de la chica, intentó consolarla lo mejor que pudo. Has explicado muy bien una situación en la que se hallan muchos otros».

La clave para mantenerse en la cima de la política, como bien sabía la canciller, era seguir el rumbo que ofrecía menos resistencia. La hostilidad hacia los inmigrantes era una emoción atemporal. Los gobernantes llevaban levantando muros desde los inicios de la civilización. La violencia contra las personas que tenían un aspecto diferente o sonaban distinto era una constante a lo largo de la historia. Un par de décadas antes, en la propia ciudad de Rostock se habían vivido dos días de disturbios contra los refugiados. Entonces, en 1992, ver gente de continentes distantes en las calles de la ciudad era algo inusual. Los europeos pertenecían a una civilización que se había caracterizado durante mucho tiempo por su grado de homogeneidad cultural. Durante siglos, casi todo el mundo —con la excepción de alguna comunidad judía aislada— había sido cristiano. La victoria de Otón el Grande contra los húngaros había marcado un punto de inflexión decisivo para la capacidad de los extranjeros

de penetrar en las tierras ancestrales de la cristiandad. Ningún otro lugar de Eurasia había permanecido tan inmune a los jinetes arqueros que dominaron el campo de batalla medieval. Solo la expansión del poder otomano, que en dos ocasiones llevó a ejércitos musulmanes a

Al ofrecer refugio a las víctimas de la guerra en Oriente Medio, Merkel no estaba haciendo nada nuevo que no hubiera hecho Gregorio de Nisa dieciséis siglos antes

las puertas de Viena, había supuesto para la Europa cristiana una amenaza seria por parte de adversarios que no compartían su fe, e incluso esa amenaza había acabado retirándose. A medida que sus flotas surcaban cada vez más océanos lejanos, sus banderas ondeaban sobre distantes colonias y sus emigrantes se asentaban por todo el mundo, los europeos habían dado por supuesto que su continente era inexpugnable. Las migraciones masivas eran algo que ellos llevaban a los países no europeos, y no al revés.

Pero, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, eso había cambiado. Atraídos por el mejor nivel de vida, grandes números de inmigrantes de países no europeos empezaron a asentarse en la Europa occidental. Durante décadas, el ritmo y la escala de la inmigración a Alemania se habían regulado con sumo cuidado; pero ahora parecía que estaba a punto de perderse el control. Cuando explicó los hechos a una lacrimosa adolescente, Merkel era plenamente consciente de la crisis que, en esos momentos, se desarrollaba más allá de las fronteras de Alemania. Durante todo ese verano, miles y miles de inmigrantes y refugiados de países musulmanes habían estado viajando por

los Balcanes. El espectáculo despertó miedos profundos y atávicos. En Hungría, se habló de una nueva invasión otomana. Incluso en Europa Occidental, en tierras que ningún ejército musulmán había conquistado jamás, había muchos que se sentían incómodos. La amenaza de que todo Oriente estuviera en movimiento era muy antigua. «Las compañías en marcha cubrían toda la llanura y en aquella oscuridad y hasta donde los ojos alcanzaban a ver, grandes campamentos de tiendas negras o de un rojo sombrío, como inmundas excrescencias de hongos, brotaban alrededor de la ciudad sitiada», escribió Tolkien en 1946 al describir el asedio de Minas Tirith, el baluarte de las tierras libres del Oeste, por parte de los ejércitos de Sauron.

El momento culminante de *El señor de los anillos* era un reflejo palpable de los trascendentales acontecimientos que habían tenido lugar en 955: el ataque contra Augsburgo y la batalla del Lech. Un sabio curtido en mil batallas, consagrado en su misión por un poder sobrenatural, detiene el avance del enemigo junto a una brecha abierta en las defensas de la ciudad. Un ejército de jinetes con cotas de malla llega para cambiar la suerte de la batalla justo cuando los invasores parecían tener la victoria a su alcance. Un rey provisto de un arma sagrada reclama un trono imperial vacante.

En 2003, una adaptación cinematográfica llevó la victoria de Aragorn sobre las rugientes hordas de Mordor a millones de espectadores que jamás habían oído hablar de la batalla del Lech. Bruñida y rediseñada para el siglo XXI, la defensa de Otón de la cristiandad guarda aún un glamur espectral.

Sin embargo, en ese verano de 2014, su legado se veía ensombrecido por múltiples ironías. No fue la canciller de Alemania quien recogió el testigo de Otón, sino el primer ministro de Hungría. Hasta hacía muy poco, Viktor Orbán se ha-

El islam, insistió la canciller –acallando a cualquier miembro de su propio partido que se atreviera a sugerir otra cosa–, tenía cabida en Alemania

bía definido como ateo, pero eso no le impidió dudar –como podría haber hecho Otón– si inmigrantes no bautizados podían integrarse realmente en la sociedad. «Esta es una cuestión importante, porque Europa y la cultura europea tienen raíces cristianas». Ese septiembre, al ordenar a la policía que sacara a los refugiados de los trenes y al erigir vallas a lo largo de la frontera sur de Hungría, advirtió de que el alma de Europa corría peligro. Merkel, que también seguía de cerca la crisis migratoria que vivía el continente, había llegado a la misma conclusión. Su repuesta, sin embargo, se oponía a la de Orbán. Aunque ministros de su gobierno de coalición la presionaron para que cerrara las fronteras de Alemania, ella se negó. Grandes grupos de sirios, afganos e iraquíes empezaron a entrar en Baviera; al poco tiempo llegaban diez mil al día. Multitudes se reunieron en las estaciones de ferrocarril para recibirlos y animarlos; los aficionados al fútbol exhibieron pancartas en los partidos con las que les daban la bienvenida. Estas escenas, según declaró la canciller, «dibujaban una imagen de Alemania que hace que nos sintamos orgullosos de nuestro país».

Merkel, igual que Orbán, seguía el rumbo de la historia de su pueblo. Sabía adónde podía llevar el miedo a

sentirse desplazados por los extranjeros. Las generaciones anteriores habían sido más inocentes. Al basarse en episodios de la Alta Edad Media para la trama de *El señor de los anillos*, Tolkien nunca había pretendido equiparar a los húngaros o los sarracenos con el monstruoso mal encarnado por Mordor. Asumió que la edad de las migraciones era tan remota que había muy pocas posibilidades de que sus lectores los identificasen de esa manera. Nunca tuvo la intención de demonizar a pueblos enteros, ni antiguos ni modernos. «Estoy totalmente en contra de eso», declaró expresamente. Aunque procedieran del este, los ejércitos de Sauron simbolizaban la capacidad de causar la muerte que Tolkien había presenciado en persona en el frente occidental. Para las sombras del infierno no existían las fronteras nacionales; su alcance era universal. Sin embargo, ya cuando Tolkien escribía su crónica del asedio de Minas Tirith, el largo reinado del diablo en su última encarnación tocaba a su fin. En 1946, comenzó en Núremberg el juicio de los principales líderes nazis supervivientes. Un año después de la liberación de Auschwitz, los informes de estos juicios habían dejado claro al mundo la magnitud de los crímenes del nazismo. Su podredumbre se había extendido hacia atrás en el tiempo y su horror había contaminado todo el tejido de la historia de Alemania. Himmler, un hombre cuyo odio por el cristianismo no había sido óbice para que admirara las gestas marciales de los emperadores cristianos, había consagrado al padre de Otón como el modelo supremo del heroísmo germánico, e incluso se rumoreaba que afirmaba ser la reencarnación del rey sajón. Aunque en privado Hitler despreciaba las tendencias

más místicas de Himmler, estaba obsesionado con la Santa Lanza; una reliquia de la crucifixión se había transformado en un emblema del nazismo. Setenta años después del suicidio de Hitler, en un país que aún hacía penitencia por sus

crímenes, nunca hubo la menor posibilidad de que Angela Merkel cabalgara a una nueva batalla del Lech. La auténtica y única respuesta ante el alud de desgracias que tenían lugar en las fronteras de Europa era abandonar cualquier idea del continente como sinónimo de cristiandad y abrir sus puertas a los desventurados de la tierra.

Desde los mismos inicios de la Iglesia, siempre había existido tensión entre el mandamiento de Cristo a sus seguidores de que viajaran por el mundo y predicaran la buena nueva a toda la creación y su parábola del Buen Samaritano. Merkel conocía muy bien ambos. Su padre había sido pastor y su madre, una mujer muy devota, y había pasado su infancia en un hostel para personas discapacitadas, personas no muy distintas de Reem Sahwil. «El mensaje diario era: Ama a tu prójimo como a ti mismo. No solo a los alemanes. Dios ama a todo el mundo». Durante dos milenios, los cristianos se habían esforzado en poner en práctica estas enseñanzas. Al ofrecer refugio a las víctimas de la guerra en Oriente Medio, Merkel no estaba haciendo nada que no hubiera hecho Gregorio de Nisa dieciséis siglos antes. Este había instado a su congregación a mostrar caridad, pues el espectáculo de refugiados que vivían como animales era

A lo largo de su hegemonía global, Occidente se había convertido en un experto en rediseñar conceptos cristianos para públicos no cristianos

una deshonra para todos los cristianos. «Su tejado es el cielo. Se refugian en los pórticos, callejones y rincones desiertos de la ciudad. Se ocultan en las grietas de los muros como lechuzas». Sin embargo, cuando Merkel buscó una justificación para la apertura de las fronteras de su país —un cambio de opinión todavía más radical por lo poco propio de ella que parecía— se negó en repetidas ocasiones a presentarla como un acto de caridad cristiana. Seis semanas después de decir a una chica llorosa que Alemania no podía ser la Buena Samaritana del mundo entero, su nueva postura fue insistir en que solo hacía lo que cualquiera en su lugar habría hecho. Su fe había sido irrelevante a la hora de tomar la decisión. Existía una moralidad que iba más allá de cualquier diferencia cultural o religiosa. Con este argumento, Merkel buscaba desviar la objeción de Orbán de que un influjo de musulmanes en Europa conllevaba el riesgo de transformar el carácter cristiano del continente. La esencia del islam no difería mucho de la del cristianismo. Ambos podían encajar perfectamente dentro de los límites de un Estado liberal y secular. El islam, insistió la canciller —acallando a cualquier miembro de su propio partido que se atreviera a sugerir otra cosa—, tenía cabida en Alemania.

Sin embargo, esta posición no estaba, como parecía, en las antípodas de la de Orbán. Dentro de las ansiedades del primer ministro húngaro sobre «una nueva Europa mixta e islamizada» iba implícita la creencia de que, si los musulmanes estaban dispuestos a aceptar el bautismo, podrían ocupar su lugar en el orden cristiano del continente. Un par de generaciones después de la batalla del Lech, el rey de Hungría había recibido del papa una réplica de la Santa

Lanza. Los visados de residencia rara vez eran tan santos. Pero Merkel no quería saber nada de lanzas sagradas; como líder de un país que en el pasado reciente había acabado con la vida de seis millones de judíos, no deseaba —comprensiblemente— que pareciera que estaba determinando en qué consistía la identidad eu-

ropea. Sin embargo, no había forma de escapar a la historia. En sus suposiciones sobre cómo debía estructurarse una sociedad, Alemania todavía era profunda y claramente cristiana. Igual que el siglo XIX, cuando los judíos habían obtenido la ciudadanía prusiana, los musulmanes que desearan integrarse en la sociedad alemana no tenían más opción que convertirse en practicantes de ese concepto decididamente cristiano que era una «religión». El islam, que tradicionalmente había significado para aquellos que lo practicaban una mera actividad de sumisión, debía moldearse, rehacerse y transformarse en algo muy distinto; aunque, por supuesto, este no era un proceso que hubiera empezado en 2015. Durante un siglo y medio, desde el apogeo del colonialismo europeo, se había acelerado. Su progreso podía medirse por el número de musulmanes en el mundo que aceptaban que las leyes escritas por humanos estaban por encima de las leyes de Dios; que la misión de Mahoma había sido religiosa y no política, y que la relación de los creyentes con su fe era, esencialmente, algo

Era mucho más sencillo conseguir que se aceptase una doctrina como la de los derechos humanos si se ocultaba que tenía sus orígenes en los abogados de Derecho canónico de la Europa medieval

privado y personal. Al insistir en que Alemania era el hogar del islam como lo era del cristianismo, Merkel solo parecía ecuánime. Elogiar a una religión por su compatibilidad con una sociedad secular no era en absoluto un gesto neutral; el secularismo era un producto de la historia cristiana como lo eran las alambradas de Orbán.

Naturalmente, para que funcionara como sus partidarios deseaban, este era un hecho que jamás podría admitirse. A lo largo de su hegemonía global, Occidente se había convertido en un experto en rediseñar conceptos cristianos para públicos no cristianos. Era mucho más sencillo propagar y conseguir que se aceptase una doctrina como la de los derechos humanos si se ocultaba que esta tenía sus orígenes en los abogados de Derecho canónico de la Europa medieval. La insistencia de las agencias de las Naciones Unidas en «la antigüedad y amplia aceptación del concepto de los derechos del hombre» era un requisito necesario para conseguir la jurisdicción global, y no meramente occidental, a la que se aspiraba. Del mismo modo, el éxito del secularismo dependía de lo bien que ocultara sus huellas. Si se deseaba que judíos, musulmanes o hindúes lo aceptaran como el custodio neutral de la arena en la que convivían junto a otras creencias, no podía permitirse que lo vieran como lo que era: un concepto que apenas tenía sentido fuera de un contexto cristiano. En Europa, lo secular llevaba tanto tiempo secularizado que era fácil olvidar cuál había sido su origen. Aceptar las premisas del secularismo era, inevitablemente, volverse un poco más cristiano. Cuando Merkel invitó a los musulmanes a Alemania, los estaba invitando a ocupar su lugar en un con-

tinente que no era ni remotamente neutral en la forma en la que comprendía la religión y que asumía que la división entre Iglesia y Estado iba a aplicarse por completo al islam.

Era fácil que los secularistas curtidos en su larga batalla

contra los mitos del cristianismo —lo que *Charlie Hebdo*, una revista satírica francesa, resumió como «el mito de un Dios como arquitecto del Universo, el mito de la virginidad de María y el mito de la resurrección de Cristo»— olvidaran que también el secularismo se basaba en un mito. En Francia —quizá más que en ningún otro lugar de Europa— la historia que se contaba de sus orígenes divergía de su historia real. Entre sus partidarios acérrimos, la *laïcité* se consideraba menos una separación entre Estado e Iglesia que una cuarentena de la religión para evitar que otros se infectaran con sus paparruchas. *Charlie Hebdo* se definía con orgullo como «*laïc*, alegre y ateo». Con sus escabrosas sátiras de papas y sacerdotes, reivindicaba lo que, durante más de doscientos años, había sido un tipo típicamente francés de anticlericalismo. Sus raíces, empero, se remontaban a mucho antes de la Revolución francesa. Cuando los dibujantes del *Charlie Hebdo* se burlaban de Cristo, la Virgen o los santos, tendían a emplear unas obscenidades que debían muy poco a Voltaire. Su auténtica línea genealógica tenía su origen en una generación más escandalosa de iconoclastas. Durante los primeros tiempos de la Reforma, los juerguistas se habían divertido profanando ídolos: tiraban estatuas de

Crear que los valores del secularismo pueden de verdad ser eternos es, irónicamente, la mejor prueba posible de cuán profundamente cristianos son

la Virgen al río como si fuera una bruja, colocaban orejas de burro a una imagen de san Francisco o desfilaban con un crucifijo por burdeles, baños y tabernas. Pisotear la superstición era reivindicar la luz, y estar iluminado era, a su vez, reivindicar el estatus de uno como parte del pueblo de Dios: los *laicus*. Así pues, los periodistas del *Charlie Hebdo* eran doblemente *laïc*. La tradición sobre la que se basaban —de sátira, blasfemia y profanación— no constituía una negación de la historia cristiana, sino su propia esencia. Durante quinientos años, los católicos se habían visto obligados a probar su fe contra esa tradición en numerosas ocasiones; ahora era el turno de los musulmanes. En 2011, una caricatura de Mahoma apareció en la cubierta de *Charlie Hebdo*. Al año siguiente fue dibujado a cuatro patas, con los genitales a la vista. Las burlas no cesarían, declaró el editor de *Charlie Hebdo*, hasta que volvieran «al islam tan banal como el catolicismo». Esto, en una sociedad secular, significaba tratar a los musulmanes como iguales.

Pero no los estaban tratando como tal. Solo aquellos que creían en los mitos fundacionales del secularismo —que había emergido como nacido de una virgen, que no debía nada al cristianismo y que era neutral ante todas las religiones— podían creer en esa igualdad de trato. En enero de 2015, después de que dos asesinos entraran en las oficinas de *Charlie Hebdo* y mataran a doce de sus trabajadores, un público atónito y asustado sopesó las sensibilidades musulmanas, y decidió que no estaban a la altura. ¿Por qué esa reacción desmesurada y criminal ante unas pocas caricaturas? Si los católicos se habían demostrado capaces una y otra vez de soportar blasfemias contra su fe, ¿por

qué los musulmanes no podían hacer lo mismo? ¿No era hora ya de que el islam madurase y entrara en el mundo moderno, igual que lo había hecho el cristianismo? Pero hacer estas preguntas era, por supuesto, acepta el concepto central del secularismo: que todas las religiones eran esencialmente iguales; era asumir que estaban destinadas, como las mariposas, a replicar un ciclo vital idéntico: reforma, ilustración, declive. Y, sobre todo, era ignorar el grado hasta el cual la tradición del secularismo sostenida por *Charlie Hebdo*, lejos de una emancipación del cristianismo, había sido un producto de este. Tres días después de estos asesinatos, líderes mundiales desfilaron por el centro de París junto a millones de manifestantes su solidaridad con los periodistas asesinados: «*Je suis Charlie*».

Como espectáculo fue una demostración poderosa de la que se había convertido en la ortodoxia que guiaba a Occidente, una ortodoxia que había evolucionado a lo largo de los milenios. En la época de Otón, no se había aceptado que caudillos paganos se asentaran en la cristiandad sin bautizarse. Hoy, en la época del *Charlie Hebdo*, Europa tiene nuevas expectativas, nuevas identidades y nuevos ideales. Pero estos no son neutrales, sino el fruto de la historia cristiana. Imaginar otra cosa, creer que los valores del secularismo pueden de verdad ser eternos es, irónicamente, la mejor prueba posible de cuán profundamente cristianos son. >> ■

Extracto de *Dominio*, publicado por la editorial Ático de los Libros, págs. 515-522.

Tom Holland y el *dominio* del cristianismo en Occidente

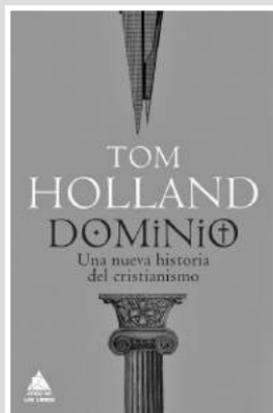
Tom Holland es un historiador británico, novelista y guionista radiofónico, especializado en la historia de Occidente. Como historiador es muy riguroso, pero a la vez su estilo y forma de contar la historia se acercan al de un novelista, circunstancia que explica que sus obras hayan salido del ámbito de los especialistas para llegar al gran público culto.

En *Dominio. Una nueva historia del cristianismo*, Holland estudia la influencia histórica del cristianismo en la configuración de nuestra civilización. Así lo expresa en el prólogo: «Vivir en un país occidental es vivir en una sociedad completamente saturada de suposiciones y conceptos cristianos [...] Por mucho que los bancos de las iglesias estén cada vez más vacíos, Occidente permanece amarrado con firmeza a su pasado cristiano [...] Tan profundo ha sido el impacto del cristianismo en el desarrollo de la civilización occidental que ha llegado un punto en que pasa desapercibido. Las que se recuerdan son las revoluciones incompletas; el destino de las que triunfan es convertirse en la normalidad.»

Holland ha llegado al convencimiento de que nuestro mundo está impregnado de valores, ideas y conceptos cristianos a partir de su estudio de la historia de Occidente pues, como él mismo confiesa, aunque fue educado de niño en el cristianismo, pronto perdió la fe: «hay muchos en Occidente que se niegan a contemplar la posibilidad de que sus valores, e incluso su misma falta de religión, tenga orígenes cristianos. Lo afirmo con cierta confianza porque, hasta hace bastante poco, yo mismo compartía esta reticencia. Aunque de niño mi madre me llevaba todos los domingos a misa y cada noche rezaba solemnemente, a una edad muy temprana tuve lo que ahora califico como una crisis de fe casi victoriana».

Tom Holland explica en el prefacio de esta obra que ha recuperado una profunda admiración por el cristianismo como revolución triunfadora a partir de su trabajo como historiador. Holland muestra tanto lo revolucionaria que fue esta religión cuando apareció como que nuestro mundo sigue impregnado de los valores y las evidencias cristianas que

inspiran incluso a quienes rechazan y atacan al cristianismo, especialmente en todo lo que afecta al compromiso contemporáneo con la ciencia, la dignidad humana, la libertad o la igualdad.



El historiador Tom Holland, autor de *Dominio*.

Dice Holland que «estudiando la antigüedad fui consciente de lo profundamente cristianos que son los cimientos de Europa. No hace falta creer que un hombre resucitó de entre los muertos para asombrarse de la formidable influencia del cristianismo». Con esa percepción escribió *Dominio*, obra en la que relata siglo a siglo cómo el cristianismo alumbró lo mejor de nuestra civilización que, afirma, no se funda en el mundo greco-romano sino en la Edad Media cristiana. Vivimos hoy del cristianismo y, aunque las cifras de cristianos decaen en Europa, nuestros valores y nuestros prejuicios siguen siendo cristianos.

Holland nos recuerda que el manantial de valores humanistas no surgió de la razón ilustrada ni del razonamiento basado en hechos, sino de la historia bíblica pensada por teólogos cristianos.

«La muestra de lo cristiana que sigue siendo esta sociedad es –nos dice Holland refiriéndose a los totalitarismos del siglo XX– que el asesinato de masas provocado por el racismo todavía se considera algo mucho más aborrecible que el asesinato en masa provocado por la ambición de llegar a las masas a un paraíso sin clases sociales».

Concluye Holland su libro diciéndonos que «somos herederos de la misma revolución, una revolución que tiene como corazón la imagen de un dios muerto en una cruz». Incluso los estándares conforme a los cuales hoy tantos critican al cristianismo son profundamente cristianos.

/ **BENIGNO BLANCO**